

# EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas!

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—Un recuerdo en el mar [poesía], por don T. Martinez.—La Muda [continuacion], por don José M. de Larrea.—¡Ya no hay distancias! [conclusion], por don Antonio Flores.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS.—Segundo figurin.—Pliego de Dibujos.

## INSTRUCCION.

### CARTAS Á JULIA.

XX.



O creerias, Julia? Así que he apagado la lamparilla y me he metido en la cama, he empezado á ver por todas partes, cabritas, cabritas, cabritas... Cabritas que triscaban por las paredes; cabritas que caian del techo; cabritas que asaltaban mi cama.... Y cuanto mas cierro los ojos, mas las veo... Prefiero encender de nuevo mi lamparilla y continuar escribiendo...

A los postres, la abuela hizo recaer la conversacion sobre la huerfanita, y dijo á Paula:

—Yo he pensado en Vd., qué es tan buena! Usted podria tenerla á su lado!... Vd. ha perdido á sus hijos, ella ha perdido á sus padres, y ambas hallarian ustedes en su mútua desdicha algun consuelo.

—Pobre hija mia! exclamó Paula, abalanzándose á la niña y acariciándola, cuánto daría por hacerlo; pero si soy tan pobre... si no tengo casa!...

Entonces María, que ya habia aprendido su leccion, se adelantó ruborizándose.

—Sí que la tiene Vd., dijo con su vocecita dulce y conmovida. Hé aquí la llave, acéptela Vd. de mi mano...

Paula se quedó con los brazos estendidos y los ojos desmesuradamente abiertos. No acertaba á comprender...

—Acéptela Vd., repuso la abuela, no por Vd., sino por hacer un beneficio á esa pobre niña!

—Calla! dijo una mujer. La casa que ha comprado Antonio, y que está tan bien puesta seria para Paula?

—Cabal! respondió la abuela.

—Mia! mia! murmuró la pobre vieja con acento sofocado por la emocion; yo tengo una casa! una cama! dos colchones, y una hija!...

Luego cayó de rodillas, con las manos cruzadas sobre el pecho, y los ojos fijos en el cielo... Sus ojos, que despedian rayos de júbilo, mientras sus mejillas se iban cubriendo de lágrimas, cual brillan á la par los rayos del sol y las gotas de la lluvia en los hermosos dias de primavera.

Aquel arranque nos conmovió!... Todos alzamos tambien los ojos al cielo!... Oh, cuán bueno es Dios, Julia, que nos ha dado un alma para sentir, y el poder de hacer felices!...

Despues de haber bendecido á la Providencia, Paula se levantó, llenó de apasionadas caricias á María, y fué á besar con santo respeto el vestido de la abuela...

—Vamos á ver la casa, dijo ésta, deseando cortar esta conmovedora escena.

Emprendimos la marcha, y pronto llegamos á una cabaña, algo separada de las demás, y á la cual daba sombra un enorme pino.

No puedes figurarte cuánta fué la alegría de la buena anciana, al ver todos aquellos muebles que ya eran suyos, y que jamás habia podido poséer!... Cómo los besaba uno por uno, cómo batía las palmas á cada

nuevo objeto que descubria, y escitaba su sencilla admiracion.

Todos gozábamos con su contento, éramos dichosos con su dicha. Paula era tan buena, merecia tanto la proteccion del cielo, que la envidia, si asomó allí su enroscada cabeza, tuvo que retirarla al instante avergonzada.

Permanecimos hasta la noche en Pico Verde.

Luego, cuando nos decidimos á marchar, aquellas buenas gentes quisieron acompañarnos con teas encendidas, porque la noche era muy oscura.

Fuímos todo el camino cantando, riendo: ¡ en mi vida pienso pasar unos momentos tan divertidos y felices! Y cuando llegamos al llano, cuando nos despedimos de Paula y de Clara, que tambien quisieron acompañarnos, las risas se convirtieron en lágrimas, pero lágrimas tan dulces que nos dejaron el alma llena de consuelo.

Cuán bien dormimos aquella noche! ¿ En qué pensarán los ricos, Julia, cuando hallan espinas en su lecho de pluma, y no se embriagan con el dulce opio del hacer bien, que presta reposo al cuerpo y mil dorados ensueños al espíritu intranquilo?

Ahora que sabes todo esto, no estrañarás que al llegar yo al Pico Verde algunos dias despues, acompañada de Antonio, fuese recibida en triunfo por Paula y por aquellas buenas gentes, que se agolpaban á las puertas de sus casas para verme y saludarme.

Despues que hube contestado, no sin mucho esfuerzo, á las preguntas y á las bienvenidas de todos, seguí á Paula, que queria mostrarme el buen orden que reinaba en su casita. En efecto, era así: el suelo y las paredes no ostentaban ni un átomo de polvo; los viejos muebles estaban relucientes, y cual si la bendicion de Dios hubiese descendido sobre aquella pobre vivienda, todo habia prosperado: las gallinas se habian aumentado considerablemente, y los pichones, en vez de un par, habia cuatro.

Me habia olvidado decirte que nosotros la habíamos señalado un pequeño haber, aumentado con lo que ganaba Clara cosiendo ropa blanca.

Alrededor de la tapia del corral habian plantado algunas enredaderas y hermosas malvas reales, que ostentaban gran número de flores blancas y sonrosadas.

Mientras la niña me hacia un ramo de ellas, Paula me dijo en voz baja, señalándola con el dedo:

—Es un ángel, señorita, y la bendicion de Dios ha entrado con ella en esta casa!

En aquel momento Clara llegó junto á nosotras y me dijo, presentándome el ramo y poniéndose encendida como una cereza.

—Ah, señora! diga Vd. á mi buena madre que la quiero tanto como á la que está en el cielo!

Estas dos confesiones me llenaron al par de júbilo: es tan grato ver coronadas nuestras buenas obras por un éxito dichoso!

Pero entre tanto el instante fatal se acercaba.... Las sombras estendian por todas partes sus negras alas, y la luna parecia una lámpara de plata colgada en medio de la bóveda celeste.

Mi pobre Linda, cual si presintiese su suerte, habia dejado bruscamente sus juegos, y no se apartaba un punto de mi lado; no cesaba de mirarme... Ni aun las pomposas hojas de las malvas reales habian conseguido fijar ni un solo minuto su atencion.

Reuní todo mi valor.

—Paula, balbucée, exhalando un profundo suspiro; hága Vd. un nuevo bien, y así Dios continúe bendiciéndola. Guárdeme Vd. esta cabrita, y cuídela Vd. mucho, porque la quiero en extremo...

Y me alejé, cerrando tras de mí la puerta del corral.

Salí de la casa, atravesé la calle, y empecé á bajar la cuesta, con tal precipitacion, como si fuera á mi alcance algun formidable enemigo...

Quería huir de mí misma, estaba desatentada, estaba ciega...

De pronto oí á mi espalda unos lastimeros balidos....

—Ilusion! murmuré; si miro atrás estoy perdida!

Y continué corriendo; pero los balidos continuaban resonando cada vez mas lastimeros en mis oidos...

Al fin no pude vencerme... me paré... volví la cabeza...

¡Oh Dios mio, no era ilusion! La pobre Linda me seguia cojeando...

Cuando comprendió que habia sido vista, cuando ya no pudo creer que la dejase abandonada, se dejó caer al suelo... sus fuerzas estaban agotadas...

¿Cómo era posible resistir? Corrí hácia ella... ¡Ay, la pobrecilla tenia una patita rota, y estaba inundada de sangre! Y sin embargo corria... habia preferido el dolor á abandonarme...

—Al hallar la puerta cerrada, dijo Antonio, que llegaba jadeando al mismo tiempo, ha brincado por la tapia, y se ha lastimado...

Me senté en la yerba, la coloqué en mi falda, la vendé la patita con el pañuelo, la llené de besos y caricias, y lloré, Julia, lloré!.. Y ella me miraba con unos ojos que no espresaban reconvencion, sino gratitud y ternura...

¡Oh Dios mio, hay tan pocos corazones que nos amen sinceramente en el mundo, que no es estraño que agradezcamos el cariño, aunque sea patrimonio del mas abyecto de los seres.

Sin embargo, el sacrificio era indispensable: la tranquilidad de todos lo exigia.

Hice un último y supremo esfuerzo.

—Tome V., Antonio, le dije colocándola en sus brazos, y cerrando los ojos para no ver sus miradas de desconsuelo, tome Vd., y llévesela Vd. á Paula...

Dígala Vd. que la cure, que la cuide mucho... yo voy andando...

Y fuí andando en efecto, pero regando con lágrimas las piedras del camino.

Ni sé por dónde pasé, ni el instante en que Antonio se reunió conmigo.

Cuando llegué á casa, la abuela estaba en la sala baja con D. Tomás, Eduardo y el cura.

—En dónde has estado? qué te ha sucedido? exclamó abalanzándose á mi encuentro, porque todos ignoraban mi expedición y su objeto.

—He ido á llevar la cabrita á Paula, respondí con tono sombrío.

—¡Oh, Julia, la abuela me estrechó la mano con efusión, Eduardo clavó en mí una ardiente mirada de gratitud; pero lo confieso, todo esto no bastó á consolarme... Por primera vez, el haber cumplido con mi deber, no me hizo tolerable el sacrificio...

Ya empieza á blanquear el alba, y estoy destrozada..... Voy á arrojarme vestida sobre el lecho, y quiera Dios que pueda dormir algunos instantes sin escuchar el balido lastimero de mi pobre Linda, que me está taladrando los oídos.

ÁNGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### UN RECUERDO EN EL MAR.

*A Seni.*

Voga, voga, barquichuelo,  
No tornes nunca á la orilla,  
Que en esta débil barquilla  
Siento mi pecho latir;  
Y lejos de aquesta playa  
Al cruzar los anchos mares,  
Repetiré en mis cantares  
Que es una gloria el vivir.

Cruza las olas serenas  
Veloz como el pensamiento,  
Iza los focos al viento,  
No dejes, no, de remar;  
Que el mar te da en sus espumas  
Ondas de brillante plata,  
Donde á la hermosa retrata  
Que es la reina de la mar.

Y al cruzar las turbias olas  
Donde la espuma se mece,  
La luna que se adormece  
Verás fúlgida lucir,  
Con luz que bebe en los ojos  
De la ingrata hermosa mia,  
Orgullo de Andalucía,  
Perla del Guadalquivir.

Hiende con osado anhelo  
La mar que dormita en calma,  
Que de amores loca el alma  
Quiere á otro mundo arribar:  
Mundo donde el pecho amante  
Torne en placer su martirio,  
Y en frenético delirio  
Mire las horas pasar.

Voga, voga, marinero,  
A dulce zona olvidada  
Donde el aura embalsamada  
Torna la playa en eden;  
Donde olvidar pueda el pecho  
Esta terrible agonía;  
Mas no, no, que el alma mia  
Adora hasta su desden.

Que ella es el lucero claro  
Que abrillanta el firmamento,  
La flor de mi pensamiento,  
Iris de inmenso placer,  
Cándida y dulce alborada,  
Nuncio de vida y amores,  
Ramo de olorosas flores  
Que perfumara mi ayer.

Reina, hurí de las huries,  
De mil harenes Sultana,  
Tibia luz de la mañana,  
Luz de inestinguible amor,  
Dulce estrella de la tarde  
Entre nubes adormida,  
Lozana flor desprendida  
Del trono del Hacedor.

Voga, voga, marinero,  
El plielago inmenso hiende,  
Que el fuego que el alma enciende  
Te servirá de timon;  
Y si de sus garzos ojos  
No admiro la luz querida,  
Corte el hilo de mi vida  
La muerte de mi ilusion.

T. MARTINEZ.

## LA MUDA.

[Continuacion.]

### VII.

Al dia siguiente iba un carruaje por el camino de Lóndres: miss Clara, sir Arturo y D. Juan, iban en él.

Clara alegre, juguetona, coqueta, procuraba sacar al conde de su sombría meditacion; pero solo lograba con algun chiste arrancarle una sonrisa forzada, y despues volvia á quedar sombrío y meditabundo. ¿Qué se habia hecho de su imaginacion meridional? Qué de sus poéticos sueños? Arrastrábase ahora para entrar en la prosa de la vida, en esa llanura continua, de una realidad que mata todas las ilusiones.

No habia dejado de estrañar á lord Jerson tan brusca partida, é instó á D. Juan para que aceptara por mas tiempo su franca hospitalidad, como él lo habia hecho en casa de su padre. El conde prometió volver.

En el momento en que enganchaban el carruaje, vió á Nelly que escuchaba atentamente al baronet. La despedida fué embarazosa, casi fria.

Encerróse D. Juan en su casa durante muchos dias, sin recibir mas que á Bleming, que encontraba un maligno placer en continuar con sus observaciones, haciéndolas tomar raices en el pecho del jóven español.

Por fin, D. Juan aceptó una invitacion de Lord C., y fué á un baile que éste daba. Allí encontró á Clara admirablemente prendida y acompañada de su madre. Bleming, segun ella dijo, se hallaba en una partida de caza en las cercanias de Lóndres.

Pululaba en los salones una brillante muchedumbre. Cansado de vagar sin objeto entre aquel tropel perfumado y bullicioso, pasó D. Juan á la biblioteca, donde se habian refugiado algunos hombres graves ó cansados como él. Cuánta no fué su sorpresa cuando reconoció entre ellos al baronet!

Llegaba de Jerson, y dió al conde noticias de los habitantes del castillo: la salud de Nelly era siempre delicada.

—Su situacion es realmente desesperada, añadió el baronet á D. Juan, la parálisis del órgano de la palabra es casi completa.

—Estais seguro de que el mal sea irremediable?

—He estudiado medicina, señor conde...

—Siendo rico, ¿para qué?...

—Para saberla, replicó el baronet con sorpresa. Acaso la ciencia no es desinteresada?

—Puede tener un motivo secreto.

—Basta con una curiosidad inquieta. Por mi par-

te soy un médico algo original. Soy animista: creo en un principio desconocido en su esencia, pero real, que existe, como existe la materia, cuya vida es el pensamiento, como la vida de la materia es el movimiento.

—Es verdad, dijo bruscamente D. Juan, yo creo eso mismo tan sinceramente como creo en Dios; pero adónde quereis ir á parar con eso? Ah! caballero, curadla, amadla, y sed mas dichoso que yo!

No fué dueño D. Juan de contener estas palabras sordamente pronunciadas. El baronet le miró con dolor, y tomándole la mano, le dijo:

—La humanidad solamente me ha conducido al lado de miss Jerson, señor conde.

—De veras? Es eso cierto?... Pero dispensadme, caballero, hablo como un loco.

—Os compadezco; pero la enfermedad, por inverterada que sea, puede ser vencida, sí...

—Oh! hablad por favor... Decidme, ¿no os inspira recelos el estado de su razon?

—Tranquilizáos: la razon de miss Nelly no ha padecido aun, aunque su alma lucha con un dolor, el de su mudismo. Bella, y dotada de hermosas facultades, padece al verlas encadenadas de este modo. Sin embargo, yo pienso que con frecuencia el alma logra dominar á la materia: las grandes y fuertes conmociones morales, causan á veces revoluciones internas...

—Oh! acabad, acabad...

—Perdonad, señor conde; vos sois apasionado, y yo flemático. Decia que las fuertes conmociones morales producen á veces revoluciones internas en enfermedades semejantes. La historia de la medicina está llena de ejemplos de esto.

En aquel instante Lady C. pasó por allí, y propuso á D. Juan formar parte de una partida de ecarté.

Rehusar hubiera sido una impolítica. Se levantó, y se puso á jugar: como estaba distraido perdió, y despues no pudo encontrar ya al baronet.

Aquella noche no durmió, ni pudo encontrar un punto de reposo. De repente una idea le cruzó por el pensamiento, atravesándole el corazon como la hoja de un puñal.

### VIII.

D. Juan pide un caballo, monta y parte á galope, haciendo brotar chispas á las piedras, sobre el camino de Windsor. Su hermoso caballo andaluz, va como una flecha inteligente á través del polvo que levanta en la calzada.

Pero D. Juan recoge al fin las riendas, modera y aun detiene el curso de su corcel: cuanto mas se aproxima mas teme llegar. Estrañas contradicciones del corazon! Teme ahora y no se adelanta mas que al paso... Ya está en frente del castillo de Jerson: dentro

de algunos instantes habrá franqueado la verja... No se admirarán de su regreso? No leerá una sorpresa investigadora en las miradas? Será dueño de dominar su emoción?... No importa, Nelly está allí?

Entra en el patio: preséntase un criado, y tomando las riendas del caballo le dice, que las señoras se pasean en el parque. Caminando entonces á la ventura siguió las primeras calles de árboles que se presentaron á su vista... De pronto oye ruido de pasos... Era Nelly... Nelly acompañada de Bleming.

Nelly dió un grito: lord y lady Jerson llegaron y acogieron benévolamente á D. Juan.

—Hija mia, dijo lady Jerson, has dado un grito?

—Un vivo carmin animaba aun las mejillas de Nelly, que no tardaron en recobrar su palidez habitual: volvióse hácia su madre, inclinó la cabeza y sonrió.

(Se continuará.)

JOSÉ M. DE LARREA.

## ¡ YA NO HAY DISTANCIAS !

### CUADRO DE COSTUMBRES.

(Conclusion.)

A toque de campana se abre y se cierra el despacho de billetes, y ya los viajeros encerrados en tres departamentos distintos, sin mas preferencias que las del dinero que han pagado por el asiento, aguardan en la primera, ó la segunda, ó la tercera jaula, á que se abran las puertas del andén para tomar los carruajes, que, como las jaulas, tienen tambien sus tres distintas denominaciones, sus tres diferentes pelajes y sus tres diversas temperaturas. En los coches de primera solo tiene el viajero á la vista siete caras desconocidas; en los de segunda, treinta y nueve; en los de tercera todas. En los unos descansa el cuerpo sobre muelles, los piés en alfombras y la cabeza en almohadones; persianas y cortinas libran del sol, cristales del viento, y caloríferos del frio. En los de segunda apenas alcanza el respaldo para reclinar la cabeza, pero tienen derecho á cerrar los cristales si les molesta el viento ó el frio. Los viajeros de tercera clase tienen tambien derecho á recostar la cabeza en la del vecino, y derecho tambien á usar los cristales, pero es el caso que no los tienen los coches. Ni siquiera hay en ellos rejillas como en las jaulas de los rebaños, ni rejas como en las perrerías. Tambien los equipajes van con alguna mas comodidad y menos espuestos á los percances del camino.

Porque has de saber, lector, y me alegraré que no

lo sepas por experiencia propia, que en estos transportes modernos se han suprimido todas las molestias de los antiguos viajes, menos los vuelcos.

Los almacenes de efectos de viaje que habrian sido utilísimos cuando el viaje era una peregrinación, en la que todos los preparativos parecian pocos, los despachos de diligencias y el continuo rodar de estas por las calles nos han acostumbrado de tal modo á viajar, que hemos suprimido las despedidas, y con ellas los abrazos, los besos y las lágrimas. Guárdanse estas para soltarlas cuando por efecto de un descarrilamiento se rompe el viajero la cabeza; los besos se los dan las máquinas cuando chocan unas con otras, y entonces los viajeros, si no se abrazan contra cosa peor, se abrazan entre sí quebrándose una clavícula ó hueso de mayor cuantía.

Nadie ve partir el tren sino los mismos que parten y los dependientes de la empresa que recorren los coches, contando y recontando las cabezas, para ver si hay algun hueco en las frasqueras; y encajonados todos, personas, animales y efectos, abre el mónstruo sus pulmones de hierro, da un resoplido, y bufando y arrojando aliento de fuego se lanza como una exhalación á través de los campos.

En este momento supremo es cuando el viajero da por bien empleada y bien perdida su dignidad personal. Ya no le pesa de que entre él y su cofre no se haya establecido diferencia alguna, y que ambos vayan allí sin nombre ni voluntad propia, esclavos de aquella máquina á quien han hecho dueña y señora de su albedrío, y árbitra irresponsable de sus vidas. El hombre, lo mismo el que se considera capaz de haber inventado la pólvora, si hubiese nacido á tiempo de descubrirla, que el que no sirve ni siquiera para usarla, todos sienten un orgullo indecible al recorrer los primeros kilómetros del ferro-carril.

—Preciso es confesar—dice uno de los viajeros, sin que los demás se hayan negado á confesarlo—que el hombre ha hecho grandes conquistas en el campo de la inteligencia.

El hombre á quien se refiere el viajero no es Watt, que viendo hervir el agua en las ollas de su cocina, atrapó el vapor que se escapaba por la chimenea y aplicó su fuerza elástica al movimiento de los telares y de los talleres, ni Stephenson, ni ninguno de los perfeccionadores de las máquinas de vapor y de su aplicación á los ferro-carriles. El hombre de que habla es él, él mismo, el propio viajero, que como hijo del siglo XIX, cree que le pertenecen y son suyos todos los adelantos de la civilización.

Cuando un pueblo comete un crimen, los mismos que le han aplaudido en secreto, ó que tal vez han impulsado á que se cometa, se apresuran á pronunciar el nombre de los criminales y á dejar á salvo el suyo de la infamia.

El plural no se usa sino cuando se trata de algun

título de gloria, cuando se disputan una corona de laurel. Entonces se apresuran las gentes á olvidar el nombre del autor del milagro, y á procurar que la corona tejida para un solo individuo ciña las sienas de toda una generacion. Por eso se dice tan á menudo que los hombres del siglo XIX serán el pasmo de la historia y la admiracion de los siglos venideros.

Y mientras los viajeros, llenos de orgullo, van á merced de la máquina, en cuya invencion todos reclaman su cacho de gloria, ella, legítimamente altiva, devora con instantánea rapidez las distancias; pasa como el rayo por encima del rio que se habia tendido en el prado para cortarle el camino, rompe y atraviesa la montaña que le sale al paso, salta los barrancos mas profundos por invisibles barras de hierro, y no encuentra obstáculo que le impida llevar de un lado á otro los millares de almas y los millones de arrobas que arrastra consigo. Y cuando el hombre, el verdadero hombre, no el viajero charlatan, sino el maquinista, la enfrena para hacerla parar en alguna de las estaciones, no está agitada ni rendida; su resuello es igual al que tenia al empezar el viaje; su corazon no late con mas ni menos violencia, y da mas ó menos pulsaciones por minuto, segun la prisa que lleva, pero siempre con la misma regularidad.

En el momento en que pára la máquina, quedan inmóviles los 20 ó 30 carruajes ó wagones que arrastra consigo; una voz, al parecer humana, penetra por las ventanillas de los coches, diciendo:—*Getafe, dos minutos, ó Aranjuez, ocho.*—Y suben y bajan personas, entran y salen animales, cargan y descargan bultos, y vuelve á chillar la máquina, y vuelve á continuar su interrumpida carrera, pasando con igual rapidez por los desiertos arenales que por los floridos vergeles. Unos y otros los vé el viajero como otras tantas sombras chinescas, y los compañeros de transporte se le van quedando en las estaciones del tránsito, subiendo otros á ocupar el lugar de aquellos, y sin que los unos le digan «quédese Vd. con Dios,» ni los otros le saluden con un «Dios le guarde.»

A fé que él se despidió de sus amigos en Madrid con una tarjeta póstuma, en la que se veia una S. y una D., que asi podia leerse, se desespera como se despide, sin decir para dónde, ni cómo, ni cuándo; y los que no son sus amigos, sino sus compañeros de encierro, con una cabezada cumplen, y aun si tardan en darla, se esponen á que el tren marche y los lleve mas adelante de donde pensaron ir.

La época presente ha declarado mayores de edad á todos los hombres, y aun á todos los niños, y en los viajes el único mentor es el dinero. Un perro sabio, que los hay en grado heróico, á pesar del monopolio que han hecho los hombres de la sabiduría, se presenta en un despacho de billetes con una moneda en la boca, le dan una plaza de perrera hasta donde alcanza el valor de la moneda; si sobra algo, se lo po-

nen en la boca, le enjaulan, y le sueltan en el punto hasta donde ha pagado.

Un mudo puede hacer otro tanto, y un niño de pecho lo mismo. En los Estados-Unidos, hácia cuyo bienestar material caminamos todos, los niños de menor edad viajan solos con una bolsita atada al cuello, de la cual le sacan en todas las estaciones el dinero preciso para pagar la comida, y cuando llegan al término del viaje, le almacenan hasta que alguien viene á reclamarle, dándole de comer, y aun cama para dormir mientras le dura el dinero. Cuando se le acaba, figúrate lector, lo que le sucederá; mas vale que no se le acabe nunca.

En las mesas redondas, que ordinariamente son cuadradas, se sirve la comida en quince minutos, de los cuales hay que descontar siquiera uno para bajar del tren y otro para volver á subir, quedando trece para ver otros tantos platos, pescar algo de ellos, comerlo allí mismo, porque está prohibido guardar nada, como no sea en el estómago, y pagar la cuenta.

Los viajeros vuelven al coche rumiando, algunos no vuelven porque llegan tarde, y otros no han bajado del coche porque nadie los ha dicho que se trataba de comer. Como mayores de edad todos tienen obligacion de cuidarse á sí propios, oliendo dónde guisan y averiguando dónde dan posada al peregrino.

Aunque para esto último no necesitan hacer grandes indagaciones. En cada estacion le acosan al viajero multitud de personas, apoderándose cada una de ellas de un bulto del equipaje, para que repartidos entre muchos toque el peso á menos y las propinas á mas, y acosando al bulto mayor con papeletas de fondas y asientos en los ómnibus, y ofreciéndose á ser sus cicerones gentes que no saben serlo de sí propios.

Por supuesto que antes de que el viajero se encamine á la fonda en el pueblo donde da término su viaje, ya le han hecho pasar diferentes humillaciones, identificando de vez en cuando, no su personalidad, porque ya está dicho que la perdió al salir de Madrid, sino su individualidad y la categoría de su billete; multándole, como es justo, si ocupa un asiento superior al que ha pagado, y sin decirle usted perdone, como era justo tambien, cuando ven que tiene su factura en regla y que no se ha estrafacturado.

Oblíganle por último á pasar por una puerta de una tercia de ancho, sumando su cabeza con la de los demás viajeros, como se acostumbra á hacer con los rebaños, y recogiénole el billete, si no lo ha perdido, que si esto le aconteciere y no prefiriese pagar otro, tardará un buen rato en probar su inocencia.

Aunque sus parientes y sus amigos salen á recibirle, ni él los abraza ni ellos le besan, porque aunque hayan estado ausentes los unos de los otros muchos años, como saben que podrian haberse visto en

pocas horas si hubieran querido verse, se figuran que no se han dejado ver.

Valencia es un arrabal de Madrid; Alicante está á las puertas de la córte; París y las principales capitales de Europa, forman un gran barrio.

Esto dicen las gentes, y á fuerza de oirlo decir, el siglo XIX ha formulado el suceso con esta frase, un tanto arrogante y un tanto andaluza:

*¡Ya no hay distancias!*

ANTONIO FLORES.

## TEATROS.

Segun espuse en la revista precedente, ya comenzaron definitivamente sus tareas dos teatros de esta córte, á saber, el CIRCO y la ZARZUELA. En un mismo día inauguraron las funciones, un mismo espectáculo se verifica en ambos, actores de valer figuran en la escena de uno y otro, por manera que parecen revelar una tácita competencia. El público así lo crée, y yo me felicito de que tal suceda, si con ella se han de producir obras buenas y han de representar con esmero y fé los actores encargados de su ejecucion. Ageno á todo compromiso de amistad ó gratitud con una y otra empresa, me veo en completa holgura para poder dar á cada uno de dichos coliseos la parte de alabanza que le corresponda.

En la misma noche, que si mal no recuerdo fué la del 6 del actual, se estrenó en cada uno de los coliseos referidos una zarzuela en dos actos: ambas zarzuelas eran arregladas en verso de obras ya conocidas por el público en la forma de comedia; ambas tenian música de dos jóvenes compositores justamente estimados por su talento y conocimientos.

La estrenada en el CIRCO se titula *Galan de noche*, segun dije en el número anterior del CORREO. Nuevo arreglo en verso de una comedia traducida del francés, la cual, á no estar equivocado, debió llamarse *El galan fantasma*, que no conozco, tiene en la novísima transformacion cualidades muy aceptables, como lo son buena disposicion del asunto, interés novelesco, caracteres bien delineados, chistes cultos, versificacion fácil, correcta y poética. Carece, es cierto, del aliciente de la novedad, en absoluto como obra teatral y relativamente al público ya conocedor del asunto; pero se oye con agrado por las circunstancias há poco espresadas. El autor de este nuevo arreglo lo es el escelente poeta D. Antonio García Gutiérrez.

La música de *Galan de noche*, compuesta por don

José Inzenga, es animada y chispeante aunque tal vez algo ruidosa. En ella sobresalen dos ó tres piezas, como por ejemplo el *coro* de introduccion del segundo acto y la *cancion* del tirolés del mismo. La primera de ellas mereció los honores de la repeticion.

Ambos autores fueron llamados á la escena en la noche del estreno. Solamente se presentó el compositor por no estar el poeta en el teatro.

La ejecucion no pasó de los limites de regular, destacando en ella el Sr. Sanz que representaba al conde Grimani, protagonista de la obra.

La estrenada en la ZARZUELA titúlase *Astucia y amor*, y segun antes dije, tiene tambien dos actos, en verso. Es igualmente un nuevo arreglo de otra antigua comedia llamada *Hacerse amar con peluca*, segun han publicado otros periódicos de la corte, pero en verdad es un arreglo lastimoso. Ni plan, ni caracteres, ni gracias de buena índole tiene esta obra, y si se para mientes en la versificacion no puede menos de conocerse la diferencia radical é inmensa que la distingue de *Galan de noche* en el concepto literario. —El Sr. Boldun, actor cómico conocido y apreciado en los teatros de Madrid, es el autor de este nuevo arreglo.

No merece seguramente la música de *Astucia y amor* un juicio tan poco favorable. Fácil, correcta, simpática é inspirada en más de un pasaje, ha sido oida con mucho gusto por un numeroso concurso en las seis noches que ha durado hasta el presente la zarzuela. El Sr. D. Mariano Vazquez, compositor ilustrado y laborioso, ha producido esta partitura, que sin duda merecia un libro de mayor defensa. Superior en mi concepto á la de *Galan de noche*, hubiera llegado á conseguir popularidad si como aquella hubiese estado fundada en un asunto desenvuelto ante el público con gracia y mérito literario. La mayor parte de las piezas de que se compone están adornadas de alguna circunstancia que las hacen dignas de aprecio.

La ejecucion de *Astucia y amor* ha salido armoniosa y acertada. Sobresalió en ella el Sr. Obregon, encargado del papel de protagonista, viejo y joven á la vez; pero hubiera sido de desear menor exageracion en la pintura del primer caracter. La señorita Checa, que con esta obra hacia su estreno en la carrera teatral, ha dado felices muestras de talento y aptitud escénica y lírica, á pesar del miedo y encogimiento natural que experimentaba por su difícil situacion. Conocedor el público de la terrible prueba que es para una joven su primera salida al teatro, y más á uno de la córte; y apreciando las lisonjeras esperanzas que anunciaba, la obsequió en diversos pasajes con una salva de justos y galantes aplausos.

En los dos coliseos de que acabo de hablar se preparan nuevas obras. Ya me iré ocupando en ellas, á medida que vayan apareciendo al mundo.

DIEGO DE RIVERA.

## MODAS.



### Explicacion del FIGURIN , número 682.

[Para las suscriptoras á dos figurines.]

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE OTOÑO PARA PASEO.—*Vestido* de grós, color gris, con adornos de cinta de terciopelo negro.

El cuerpo es alto y abotonado por delante, con botones de seda: el talle redondo y un poco bajo. La falda va guarnecida de dos volantes del mismo grós, y encima de cada uno tres cintas de terciopelo negro: entre uno y otro volante queda un espacio de diez á doce centímetros.

*Camail*, ó esclavina larga de la misma tela del vestido, guarnecidos sus contornos de tres cintas de terciopelo negro, y con un volante en el bajo correspondientes á los de la falda.

*Sombrero* de crespon blanco. Un rizado de tafetan blanco rodea el borde del ala: una cinta de seda, color de lila, separa el ala de la copa con un lazo en la parte superior, y continuándose en las bridas, que se anudan debajo de la barba con un lazo y caidas flotantes. El fondo va cubierto de tul de ilusion, puesto hueco. El bavolet es de tafetan lila, y va guarnecido de puntas de blonda blanca, que caen por los lados y por detrás. El rostrillo es de blonda blanca, con una dalia morada sobre la frente.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE CASA.—*Vestido* de alpaca ave-llana, con adornos de grós, color de Habana, y bordados de trencilla negra.

El cuerpo es de zuava, sujeto en la parte superior con cinco botones de seda, y muy abierto de abajo; sus contornos van guarnecidos de un biés de grós Habana y un plegado de lo mismo, á cuyo adorno acompaña un bordado de trencilla. La manga, con el mismo guarnecido, es abierta por delante y por detrás, y forma una caída redonda. La falda va armada en un cinturón Médicis, de grós, y adornada en el bajo de un almenado, formado de bieses de grós, cuya figura sigue el bordado de trencilla: el bajo de la falda va guarnecido de un plegado de grós que se repite en el centro de cada almena hasta su mitad.

*Camiseta* de muselina, plegada.

*Mangas* interiores de lo mismo, de bullon y con puño.

*Cuello* pequeño, de encaje, alto y rizado.

*Cofia* de blonda blanca, guarnecida de rizados de la misma, con el fondo flojo y realzada la parte que forma el bandó con cintas de seda verde, que se pro-

longan por los lados hasta caer en bridas flotantes.

Sobre la frente se coloca una amapola, y otra á cada lado con margaritas blancas y ramaje. Una blonda negra, ancha, echada atrás cubre parte del fondo como toquilla.

FIG. 3.<sup>a</sup> TRAJE PARA NIÑA DE 7 A 8 AÑOS.—*Zuava* y falda de grós blanco con adornos de glasé verde, cortados en picos ó puntas de lanza.

*Cinturón Médicis*, de glasé verde, con caidas redondas de grós blanco, largas y flotantes, que llevan los mismos adornos de la falda.

*Cuello, camiseta y mangas interiores* de nansouk.

*Sombrero* redondo, de grós blanco, de copa chata y ala lisa, inclinado por delante y por detrás, y adornado de cinta verde.

TRAJES

### Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. *Abecedario* para toda clase de lencería, bordados á *cordoncillo* los contornos, y al *minuto* los centros y espigas.
- NUM. 2. *Centro* para un *acerico*, bordado á *plumetis*.
- NUM. 3. *Cenefa* correspondiente para guarnecerle.
- NUM. 4. *Pañuelo* bordado á *plumetis*, con escudo, que puede servir tambien para *litografia*.
- NUM. 5. *Otro pañuelo* de igual bordado, y escudo semejante.
- NUM. 6. *Otro pañuelo* rico, bordado á *cordoncillo*, *plumetis* y punto de armas.
- NUM. 7. *Cenefa*, al pasado é *inglesa*, para guarnecer gorras de niños.
- NUMS. 8, 9 y 10. *Cenefas* al *minuto*, para chambras y camisas de niño recién-nacido.
- NUM. 11. *Pañuelo* á *plumetis* y punto de armas.

El objeto de estos pañuelos es dar variacion de dibujos, para que en uno mismo se puedan aprovechar los cuatro escudos que hacen juego.

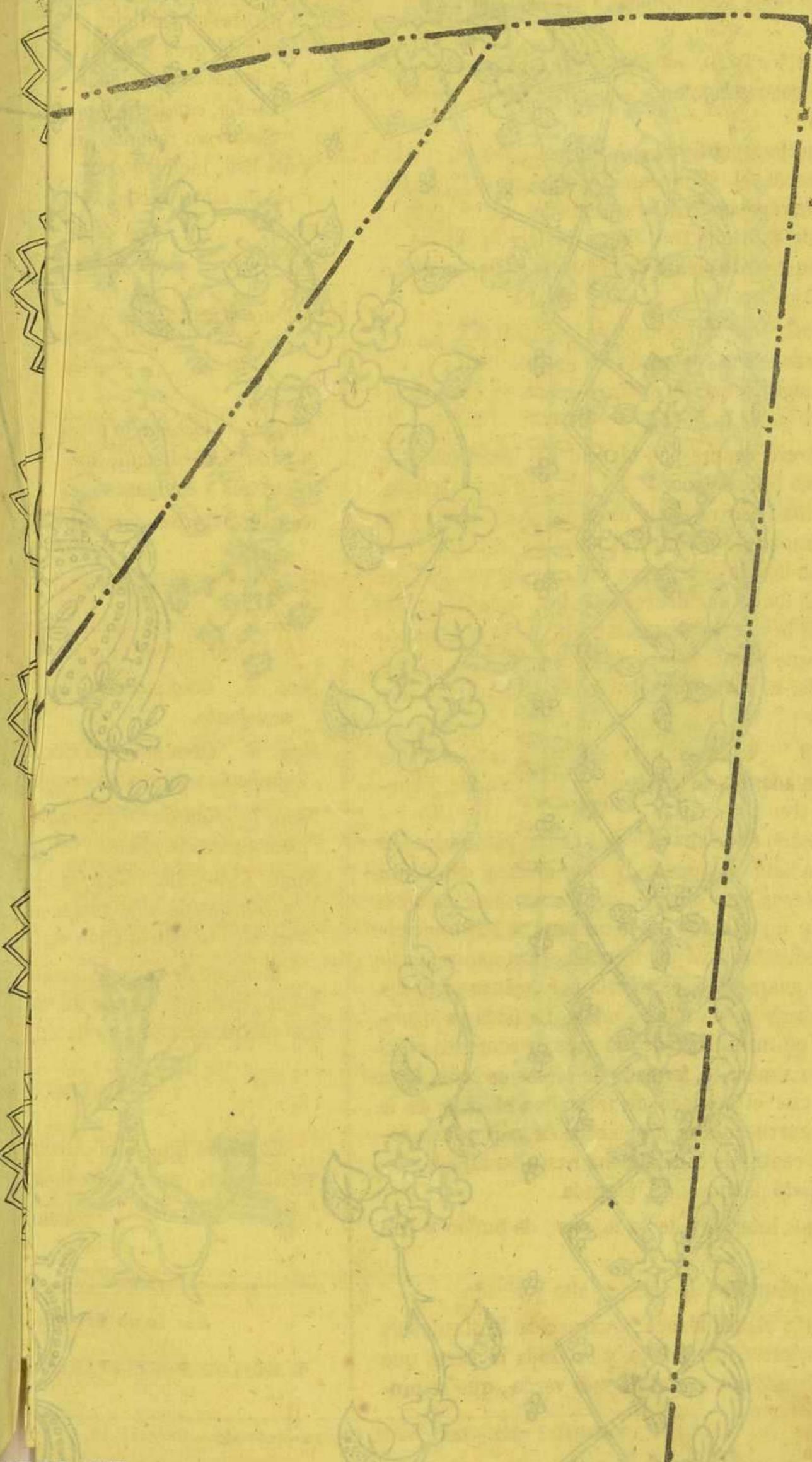
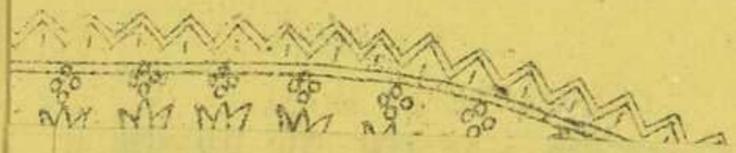
### PATRONES.

El patron que va al otro lado del pliego es para un vestido alto, con el peto abierto.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



Muda  
r don  
raba-

adie se

r en tu  
hoy no

a, y ella  
o quiso  
riese un  
s de in-  
yo, cre-  
pasarlas

da; pero  
e la ropa  
a cosido,  
enidero.  
¿pero y

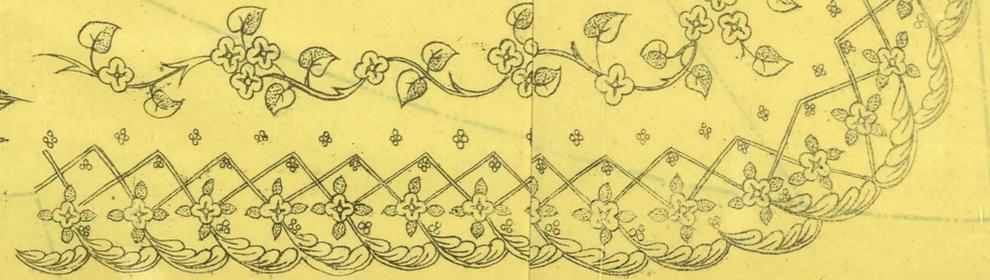
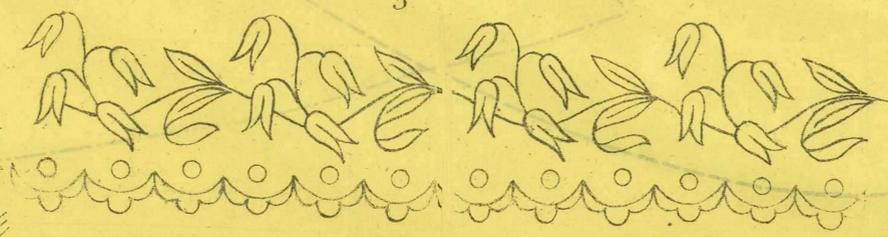
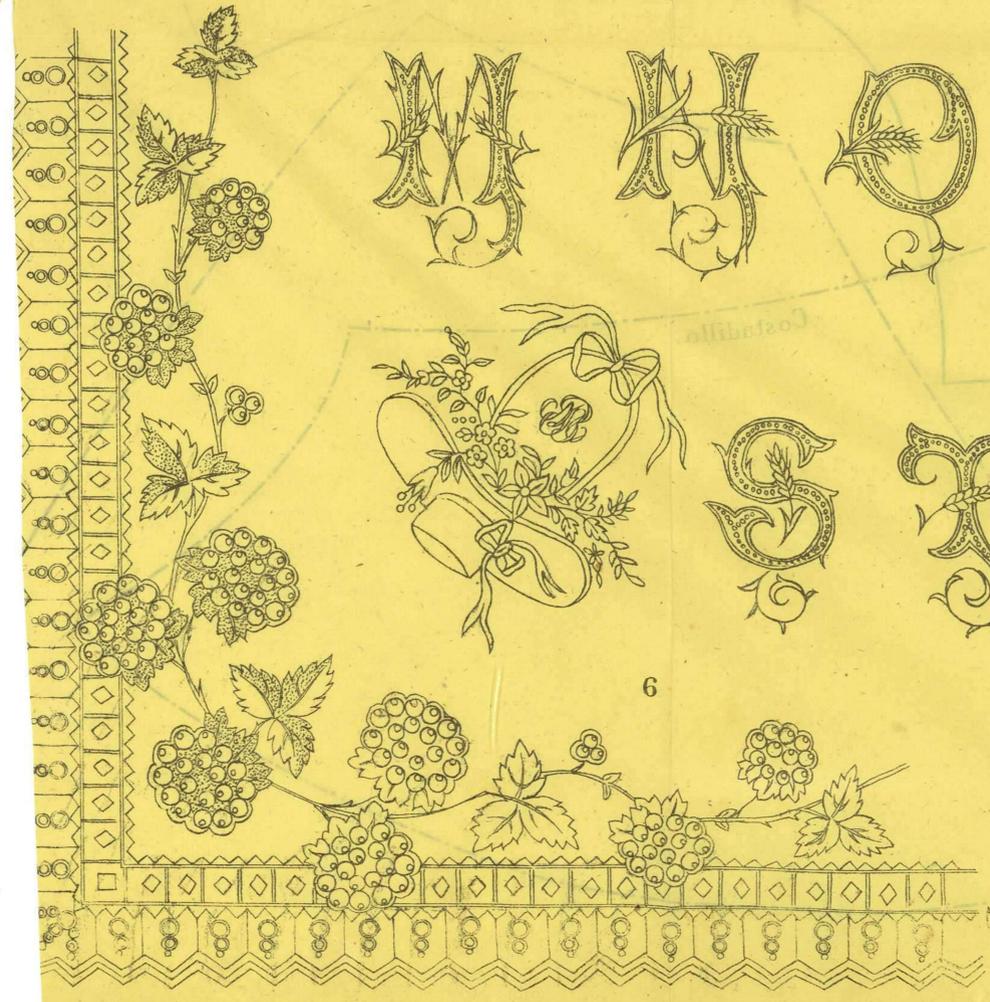
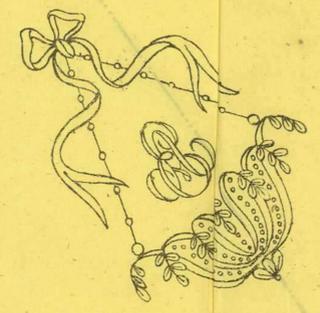
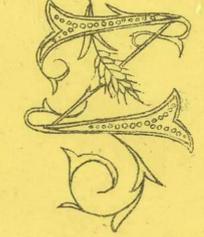
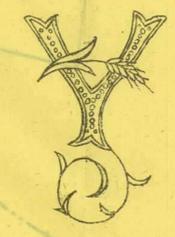
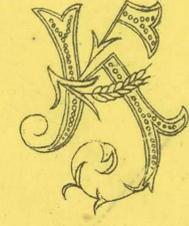
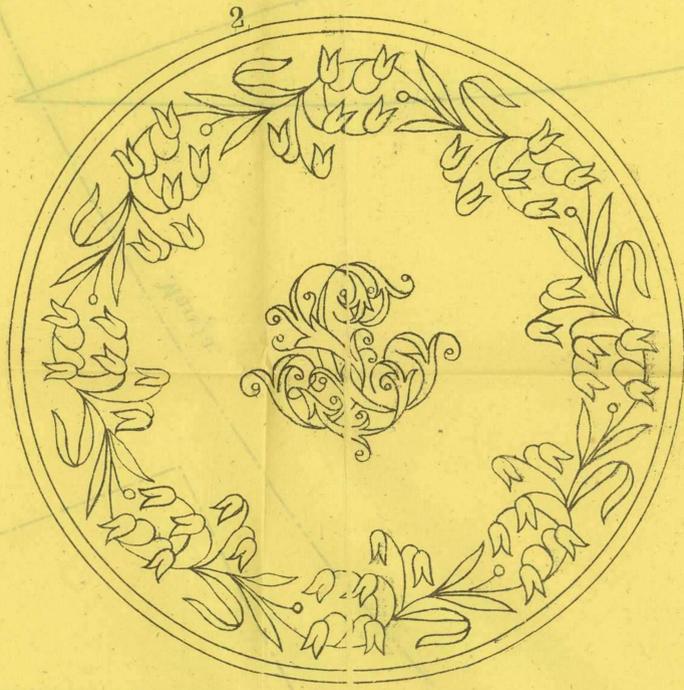
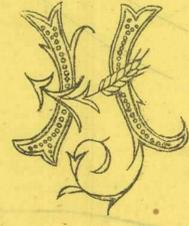
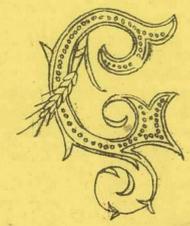
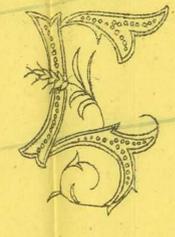
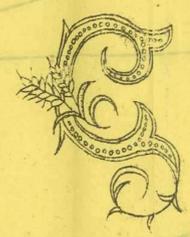
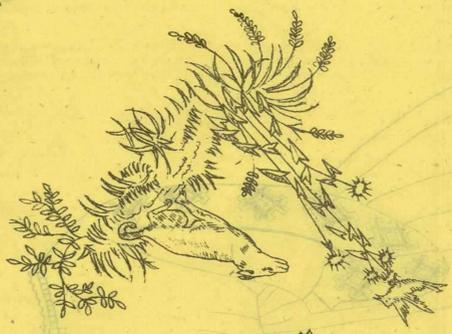
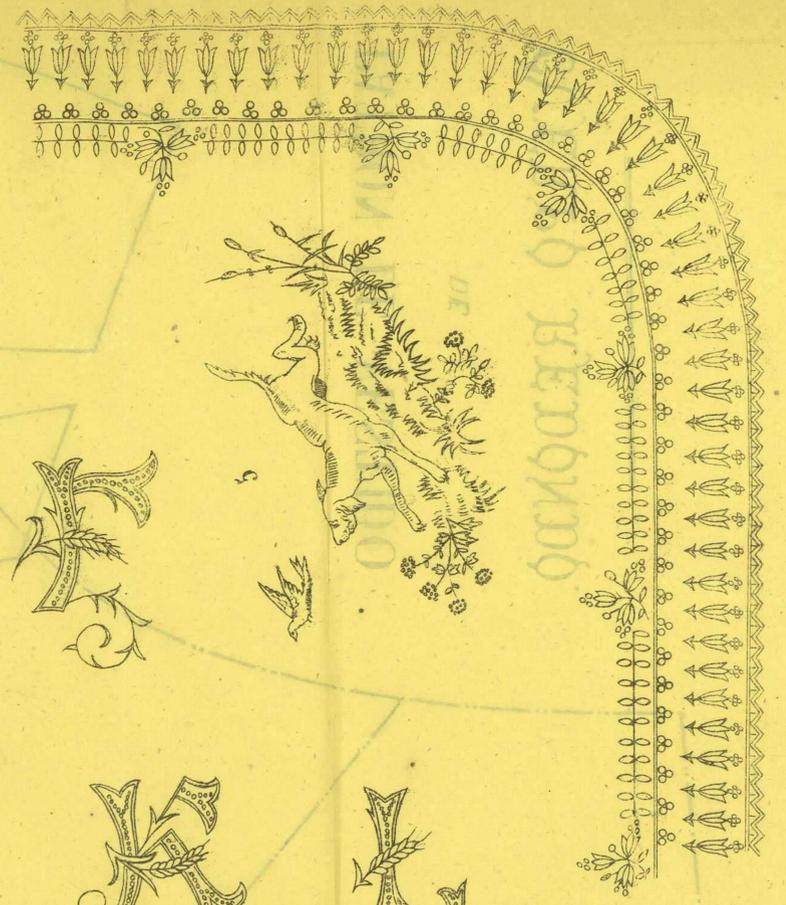
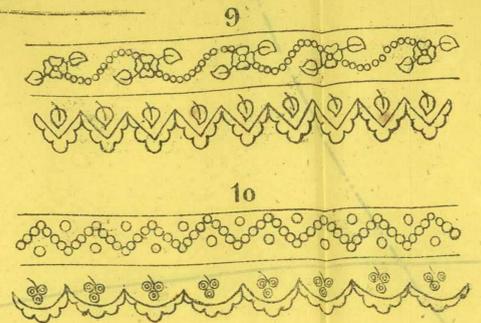
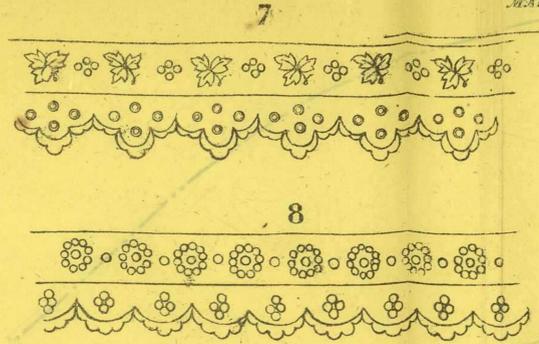
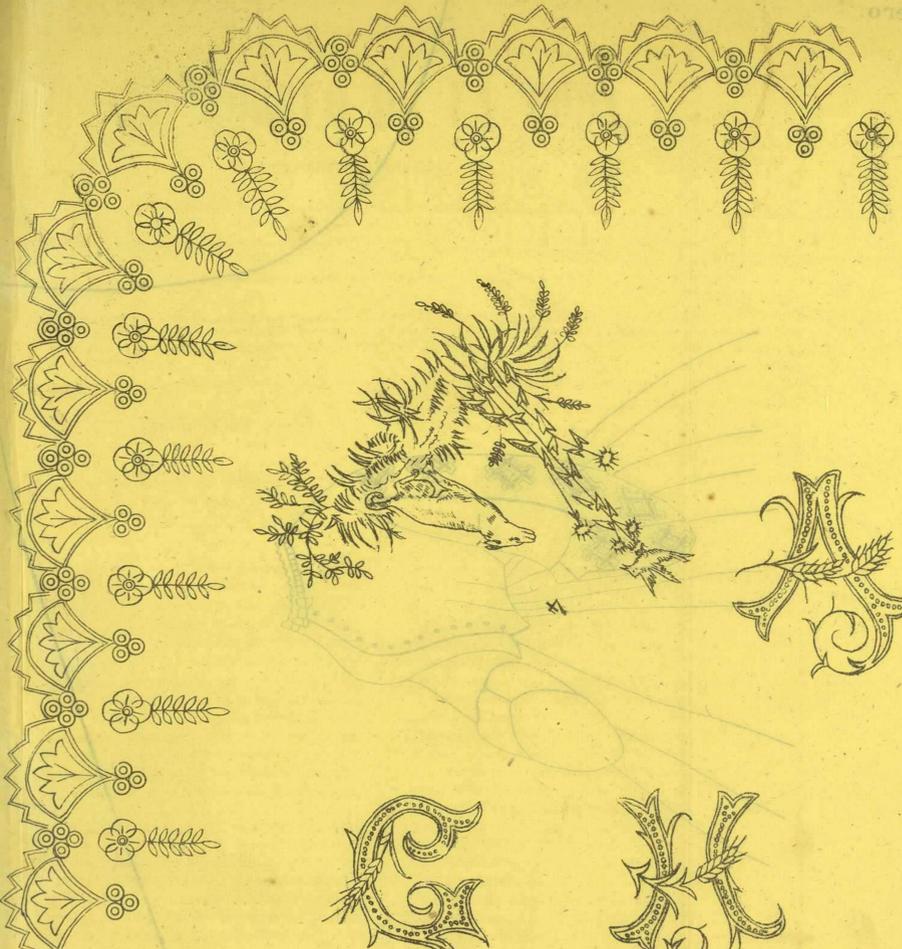
un solo

e está en  
char mas  
contára-  
ndríamos  
nto, que  
ignoras,

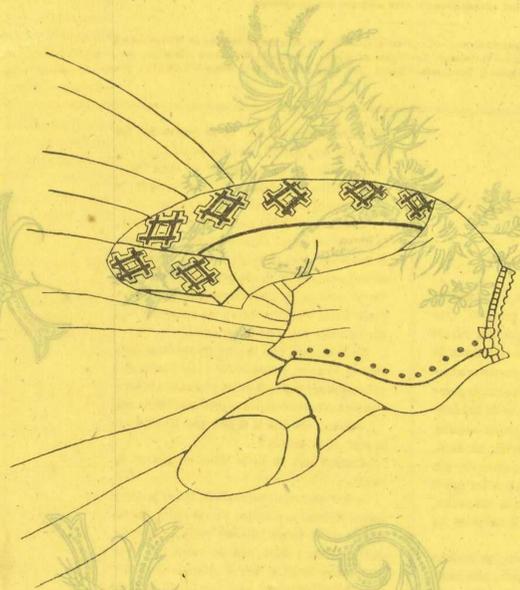
Blas, el  
igo.

encontra-  
y hallaba  
hacia el

consultar



Delantero.

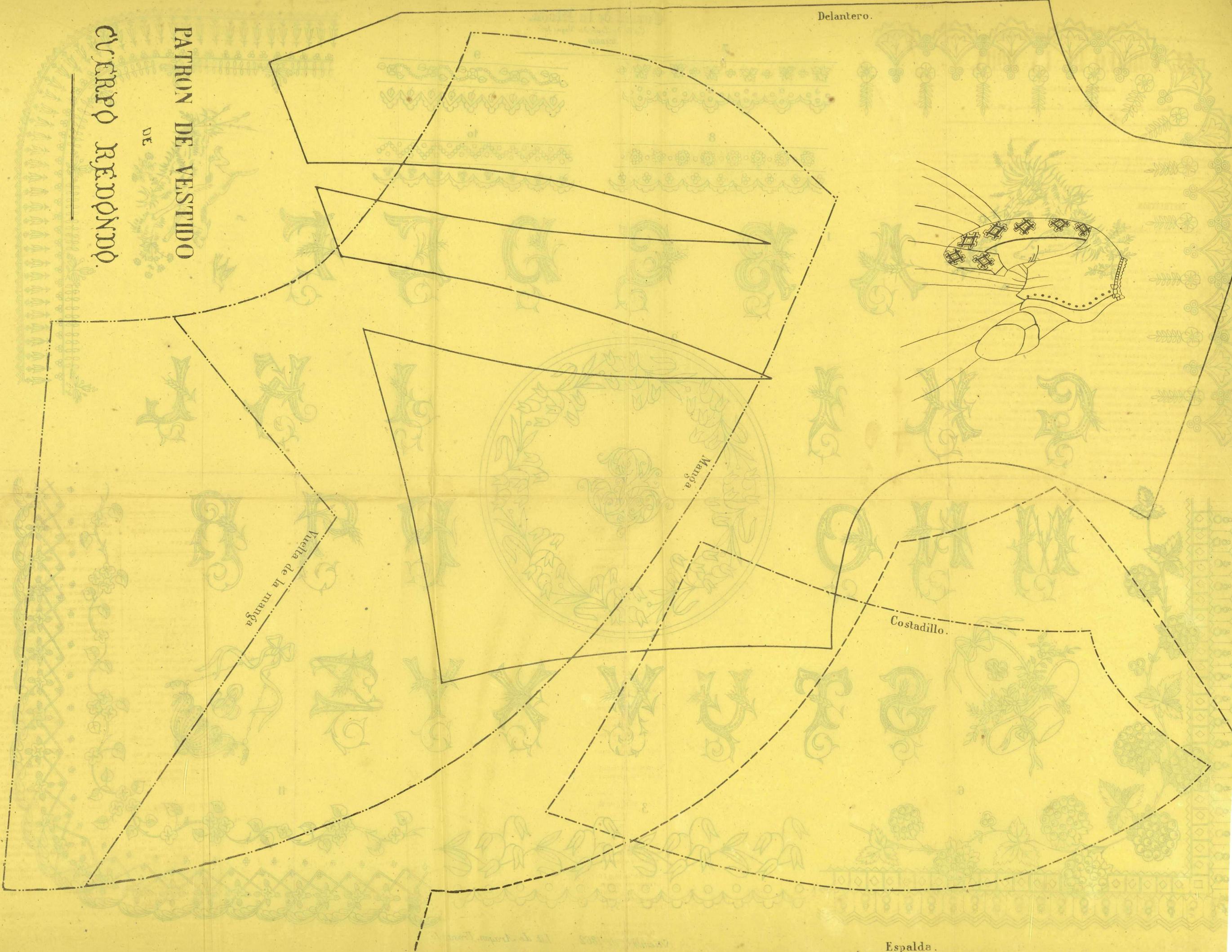


Manga

Costadillo.

Espalda.

PATRON DE VESTIDO  
DE  
CVERRO REDONDO.



Es  
 Fr  
 de gr  
 lo neg  
 El  
 tones  
 da va  
 encim  
 entre  
 doce c  
 Co  
 tido,  
 ciopel  
 diente  
 So  
 tan bl  
 color  
 la par  
 se ant  
 tantes  
 hueco  
 de pur  
 por de  
 dalia  
 Fi  
 llana,  
 dados  
 El  
 con ci  
 sus co  
 Habar  
 acomp  
 el mis  
 trás,  
 da en  
 bajo d  
 figura  
 falda  
 pite e  
 Co  
 M  
 puño.  
 Ca  
 Co  
 la mis  
 forma

